

MATRIMONIO PERFECTO.

Los *cón-yuges* comparten *yugo*, los *casa-dos*, *casa*, los *compañeros*, *pan*, los *matri-monios*, *matriz* procreadora. Pero los *espos-os* cuyo origen hayamos en el término *spend* (que quiere decir derramar o gastar) asumen un compromiso en un rito en el que se derrama una copa de vino. De alguna forma, se derrama para ligar, se gasta buscando el ahorro de las uniones, se descontrola para controlar a los solteros, paradoja insalvable de los esposos, que en su origen ritual, son ungidos con la negación de sí mismos.

Pero, ¿qué cosa no lleva en sí misma su propia negación? Nadie sale vivo de este mundo, todo perece. Por lo que acaso no sea un problema aquella contradicción sino la forma de congeniar con ella. El ebrio lo sabe. Él parece haber optado por la parte del dispendio y persiste en derramar la copa sobre sí mismo. Consustanciado con su amada bebida, le entrega su vida y se hace uno con ella.

Matrimonio perfecto, dijo Sigmund Freud una vez. Incapaz resulta el bebedor de serle infiel a su líquida esposa, no tiene ojos para otras y su amor es cada vez mayor. El matrimonio entre los seres humanos, en lo sustancial, no debería ser cosa distinta, porque teniendo en cuenta los vaivenes del deseo, que esconden infidelidad, inconsistencia y falta de compromiso, siempre son mejores los consejos del borracho. Apostar al amor duradero que transporta a ambos hacia esa dulce muerte a largo plazo, dicha de aquellos pocos que verdaderamente saben amar.

Y así queda salvada aquella antigua paradoja del derrame que une, del descontrol que controla. No es la sangre de Cristo la que riega el compromiso esponsal, buscando una fidelidad obligada, sino la embriagadora sangre de la uva. El *spend* o derroche lo inventaron los griegos mucho antes que los cristianos y lejos de ser un pacto con dios, nos ofrece el más maravilloso complemento de fantasía y pecado para que los esposos, sin hipócritas y represivas ataduras, sean felices.